

**EL "CARNAVAL DEL TORO" DE CIUDAD RODRIGO:
ESCUELA PRÁCTICA DE CIRUGIA TAURINA**

***THE "BULL PARTY" OF CIUDAD RODRIGO: PRACTICE SCHOOL
OF TAURINE SURGERY***

Enrique Crespo Rubio.

Traumatólogo. Miembro de la Sociedad Española de Cirugía Taurina.

Correspondencia: Hospital Quirón San Camilo, Juan Bravo 39, .28006 Madrid.

Comunicación presentada el 16 de octubre de 2014

An Real Acad Med Cir Vall 2014;52: 309-317

Excelentísimo Sr. Presidente de la Real Academia, Excelentísimos e Ilustrísimos Señores Académicos, Señoras y señores,

Permítanme empezar mostrando mi más profundo agradecimiento hacia quienes han tenido la deferencia de proponerme como ponente en esta Sesión Científica de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valladolid. Por eso mi más sincero y emocionado reconocimiento a los amigos del Equipo Médico de la plaza de toros de esta ciudad, encabezados por el Dr. D. Antonio Mateo a quien dispense una profunda admiración, como cirujano y como persona, desde hace muchos años y con quien he fraguado un entrañable afecto.

Sin duda que esta vieja relación ha pesado mucho para presentarme hoy ante ustedes porque yo no me encuentro los méritos suficientes para que conste en la ilustre relación de ponentes que me han precedido en estas sesiones ó entre los que hoy están presentes.

Porque para mí, un cirujano taurino de plazas humildes, supone una quimera estar en este centenario edificio y ante todos ustedes. ¿Mis méritos? dedicarme desde hace 33 años a la cirugía taurina, en la que comencé acompañando a mi padre, Antonio Crespo-Neches, y durante veintiséis años, por esas enfermerías de los pueblos de media España; formando parte del equipo que preparó a principio de los ochenta para asistir enfermerías en plazas modestas pero donde soltaban toros muy grandes y donde las heridas, hanta entonces, eran sinónimo de tragedia; con él me formé como cirujano taurino y adquirí una experiencia en cirugía taurina muy dila-

tada lo que será, posiblemente, el otro elemento que ha influido para que el Dr. Mateo me incluyera en esta Sesión. Experiencia que, entre otras muchas plazas, he adquirido en la Enfermería del Carnaval del Toro, en Ciudad Rodrigo.

Así pues el único bagaje por el que atrevo a presentarme ante ustedes es mi trabajo y entrega en la Enfermería de la Plaza de Toros del Carnaval, y ni tan siquiera eso pues ese crédito no es mío sino de todas las personas que conforman el equipo médico que lo atiende actualmente y de las que lo hicieron anteriormente.

Quisiera comenzar con un recuerdo emocionado a una persona muy vinculada a varias generaciones de mi familia, a un vallisoletano ilustre, a un insigne cirujano, a un legítimo maestro y a un ejemplar aficionado, al Profesor Don Mariano Fernández Zumel. Quiero hacerlo recordando unas palabras que él escribió hace muchos años: *A todos los toreros, que al entregarse a la Cirugía Taurina buscando su curación, contribuyeron a su progreso.*

Como siguen haciendo actualmente con todos nosotros, muchos toreros, maestros reconocidos y noveles principiantes, y a quienes, en estos tiempos de antitaurinismo rosa, quiero reivindicar por ser depositarios de una ética y unos valores casi olvidados por esta sociedad y que hoy quiero simbolizar en la persona del maestro Juan José Padilla, quien nos ha ofrecido a todos muchas lecciones de hombría, valentía y pundonor.

También hoy, permítanmelo, quiero recordar a otra persona, inolvidable para mí y para tantos toreros y mozos, y a quien, sin duda, también, como he dicho antes, le debo estar hoy aquí: por eso, en estos momentos, tengo presente, en la memoria del corazón, a mi padre, al Dr. Antonio Crespo-Neches, cirujano jefe durante muchos años de la plaza de toros del Carnaval y de tantas otras, impulsor de la enfermería vigente en Ciudad Rodrigo, maestro de cirujanos y a quien tanto debemos quienes seguimos formando su equipo, el Equipo Crespo.

Equipo Crespo para quien el Carnaval del Toro supone un duro reto cada invierno y especialmente para mí que los he vivido todos intensamente, primero como estudiante de medicina, luego como primer ayudante, y finalmente como cirujano jefe.

Mi relación con Ciudad Rodrigo y especialmente con el Carnaval del Toro comienza en 1985. Aquel año, siendo un joven alumno de medicina, llegué a esa ciudad acompañando a mi padre y a otros tantos médicos, para constituir el primer equipo médico de especialistas que acudía a la enfermería de Ciudad Rodrigo. Yo y otros compañeros míos de facultad llevábamos un tiempo siguiendo a mi padre por las plazas de toros; en realidad lo único que hacíamos era cargar con los aparatos, el instrumental, las bolsas de ropa estéril, los sueros, las balas de oxígeno y observar, aprender... Y lo hicimos, de hecho, actualmente, algunos de aquellos jóvenes médicos y estudiantes forman hoy parte de prestigiosos equipos médicos taurinos de España.

En aquellos años estábamos haciéndonos médicos taurinos, cirujanos y anestesiastas, de la mejor forma posible, pero también de la más difícil: en las plazas de toros más alejadas de los hospitales, en las plazas de pueblo... y llegó Ciudad Rodrigo.

Yo, la verdad, en aquellos días, estaba mas ocupado en disfrutar del ambiente jaranero del carnaval, de visitar las muchas peñas que había entonces, durmiendo poco, bebiendo lo que no debía y prestando más atención a las chicas que a los toros... Hasta que empezaban a llegar los heridos a la enfermería y la fiesta se convertía en drama, la bulla en intranquilidad y la sangre de los mozos impregnaba el espíritu bullicioso del pueblo.

Y la memoria me recuerda algunos momentos, en la balconada del Ayuntamiento esperando al encierro ó en la enfermería operando, que luego me han servido mucho en mi trayectoria como cirujano taurino, en particular y como traumatólogo en mi profesión habitual.

Yo puedo decir que en los bajos del Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo me formé como médico taurino, ahí aprendí a soportar la tensión que envuelve a la enfermería cuando el drama del percance transforma el variopinto y colorido escenario de la plaza y las calles de esta milenaria ciudad en momentos de angustiosa incertidumbre entre sus gentes.

En aquella acondicionada enfermería, arcaica para lo que hoy disponemos, comprendí que las heridas por asta de toro exigían, sobre todo, serenidad, decisión y audacia en los cirujanos y anestesiastas más que medios materiales y aparataje técnico. Entre las paredes artificiales de aquel primer quirófano del Carnaval muchos jóvenes médicos y estudiantes perdimos el miedo a la sangre de las cornadas.

En los viejos soportales del Ayuntamiento me hice mayor escuchando a mi padre ofrecer consuelo a familiares afligidos mientras les explicaba la gravedad de las heridas. Pero también proporcionando una información que devolviera la tranquilidad al entorno a través de unos partes médicos que hablaban de femorales en el Triángulo de Scarpa y desgarros musculares.

Porque durante esos días de carnaval, cuando suena la campana gorda, las calles y plaza mayor de Ciudad Rodrigo se convierten en una fiesta desenfrenada en donde el toro se adueña del territorio y por donde todos los días de Carnaval corren los mozos perpetuando una tradición ancestral que se pierde en los siglos convirtiendo a esta ciudad en imprevisible.

Y ustedes ya saben, pues Valladolid también es tierra de fiestas taurinas, que cuando el toro aparece en escena nadie sabe lo que puede pasar.

En esos días, en Ciudad Rodrigo, todo es posible y así los corredores, los recortadores y los maletillas se someten al azar caprichoso que desencadenan los toros bravos.

Yo me di cuenta enseguida que el Carnaval de Ciudad Rodrigo no solo son risas, disfraces, desenfreno... Yo pronto percibí que además, ó sobre todo, en el carnaval del Toro había gritos, tensión, nervios, miedo... Pero también valientes que disfrutaban corriendo delante de los toros o recortándolos en la plaza. Y gentes que les aplaudían y vitoreaban en las agujas y en los tendidos, mostrándoles su admiración y ánimo.

Los encierros en Ciudad Rodrigo son únicos en el mundo, atraviesan murallas históricas, recorren calles, bóvedas, entre casonas varias veces centenarias hasta el irregular e improvisado coso de la plaza mayor. La angustia corre a cargo de todos esos valientes que participan en los encierros y desencierros, haciendo gala de piernas ágiles así como de habilidad para sortear la embestida a la carrera de los astados, angustia hija del riesgo porque sin este no se conciben las fiestas populares de los toros.

Y luego, la capea, sobre la arena de la plaza mayor en donde hombres y toros cruzan miradas desafiantes para conseguir el dominio del círculo aquí cuadrangular, sorteando sus embestidas a cuerpo limpio o con capote y muleta o con lo que sea.

Y en medio de esta algarabía con el toro como protagonista absoluto van a surgir los percances en forma de cogidas, de caídas, de heridas y lesiones muchas de ellas con enorme gravedad... Y entonces se oyen los gritos angustiosos, las llamadas de auxilio, las voces y las sirenas de las ambulancias de Cruz Roja que nos advierten de la tragedia.

Y de repente, sin desearlo, sin buscarlo, los hombres y mujeres que manteníamos una tensa tranquilidad en los tendidos o en los bajos del ayuntamiento, nos convertimos en el epicentro de la fiesta; las miradas y los interrogantes se dirigen a la enfermería... La fiesta se ha convertido en drama, la bulla en intranquilidad y la sangre de los mozos impregna el espíritu bullicioso del pueblo.

Desde un primer momento, en aquellos fríos días de mediados de los ochenta del pasado siglo entendí allí en los Carnavales del Toro, que el éxito de la fiesta taurina conlleva muchas vertientes; y que una de ellas recae directamente sobre el cirujano y el equipo médico. El va a ser (cuando durante la algarabía en la plaza se produce el momento trágico de la cogida, cuando el griterío de espanto sacude las agujas), quien va a vivir la tragedia, haciéndole un quite al mozo herido.

Y en esas circunstancias críticas, cuando dejan sobre la fría mesa del quirófano al herido, será cuando la figura humana y profesional del médico, se agigante, cuando no solo tendrá que aplicar con exactitud sus conocimientos, sino que además, habrá de sobreponerse a esa responsabilidad que, antes, en el ruedo y en las calles, recaía sobre otros y que, en ese momento, es y hacen suya.

Y lo percibimos pronto, todavía en Madrid, en los días anteriores al Campanazo con el que Mari la campanera se encarga de anunciar al mundo que comienza una fiesta ancestral -en la que se entremezcla la diversión de las gentes, la tradición

de un pueblo, el rito al toro, la osadía de los mozos y la amenaza que infunden los astados- nosotros, los médicos que atendemos a los heridos, empezamos a sentir en nuestro ánimo el peso de la responsabilidad que cada año nos obliga el compromiso adquirido con esa tierra; nos aflige en las noches la incertidumbre que siempre, pasen los años que pasen, desprenden encierros y capeas de esta categoría; nos despiertan las cavilaciones, las dudas, sobre si sabremos ó podremos solventar los percances que se nos presentaran...

Pero para esto nos hicimos cirujanos taurinos, para esto sacrificamos muchas cosas a lo largo de nuestra vida. Yo no me canso de decir que la cirugía taurina no se aprende en la universidad ó en los textos; los cirujanos taurinos no se forman en un aula ó en un hospital...

La cirugía taurina se aprende en los burladeros observando las cogidas, en las enfermerías reconociendo a los pacientes, en el hule operando las cornadas... Y en el callejón compartiendo las angustias con los toreros o detrás de las talanqueras viendo pasar los miedos a la carrera...

Yo me hice cirujano taurino así, adiestrándome en unos pueblos y en unas plazas donde los sobresaltos no admiten la pusilanimidad, donde los sangrados de las heridas parecen más brutales todavía, donde los caminos hacia el hospital se hacen interminables... Pero también donde más mérito tienen los títulos, los diplomas, que te acreditan para siempre como cirujano taurino, aunque solo figuren en los rincones de tu conciencia y en las paredes de tu corazón...

Y con ese bagaje hemos llegado hasta aquí, sin buscar otra cosa que no fuera ejercer la cirugía taurina ecuánimemente, aceptando como natural los compromisos que exigieron lo mejor de nosotros mismos aunque eso supusiera una angustia descomunal. Pero ese fue el legado que nos entregó mi padre y así lo aceptamos. El nos dijo una vez que para ser buen cirujano taurino, al igual que para ser buen cristiano, hay que practicarlo. Y en eso seguimos.

Por todo esto, por el historial de heridos y lesionados de enorme gravedad que cada año se cobra el Carnaval del Toro y por el compromiso ético que nuestra conciencia profesional nos dicta, hemos conseguido hacer del Equipo Médico y de la Enfermería del Carnaval una referencia en la Cirugía Taurina mundial.

¿Y cómo es esa **Enfermería**? Está ubicada en los bajos del varias veces centenario Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo y comunicada en forma directa con la plaza de toros y con la calle por donde llegan y salen las ambulancias. Consta de una sala de estar en donde se sitúan nuestros vestuarios, una amplia sala de observación dividida en dos partes, una de ellas para asistencia a traumas cerrados ó heridas leves (a veces utilizada como tercer quirófano) y otra, llamémosla, quirófano accesorio en donde se intervienen las cornadas de menor gravedad. Por último un quirófano principal, dotado de todo aquello que se precisa para realizar intervenciones quirúrgicas mayores.

Desde nuestros inicios en Ciudad Rodrigo, las personas que han formado parte del **Equipo Médico** han ido variando con los años; sí, las caras y los nombres fueron cambiando pero el espíritu del equipo, la filosofía del trabajo, permanecen inquebrantables tal cual nos lo transmitió el Dr. Crespo-Neches, primer cirujano del Carnaval del Toro y que siempre permanecerá en el recuerdo de los mirobrigenses: él nos inculcó su manera de entender la cirugía taurina y que no es otra que atender y curar a todos cuantos lleguen a la enfermería...

No es cuestión de recordar los nombres de todos quienes han formado y forman el equipo médico, aunque lo merezcan, pero si quiero decirles que, a lo largo de los primeros carnavales, como mínimo, el equipo médico de la enfermería estuvo conformado por 1 cirujano general, 2 traumatólogos, 1 anestesta, un médico ayudante y dos ATS. En los últimos años el equipo lo formamos cirujanos generales, dos traumatólogos, dos anestestistas, un médico intensivista, un médico generalista y tres ATS.

Todos ellos, a lo largo de muchos años, han conseguido hacer realidad la utopía de cualquier equipo médico de una plaza de toros, la utopía de cualquier cirujano taurino que se precie de serlo: salvar vidas a quienes resultan mortalmente heridos y que gracias a ellos no lo fueron.

No quiero relatar ahora los gravísimos percances y que hubo que operar y solventar en la enfermería de Ciudad Rodrigo pero estén seguros que más de uno hubieran fallecido irremediablemente de no ser por el equipo de profesionales sanitarios que atienden los festejos.

No siempre pudimos hacerlo, como ocurrió aquel Martes de carnaval de 1986, cuando un toro hirió de forma atroz y repetidamente a un joven de Lumbrales en la zona de El Registro ocasionándole la muerte casi instantáneamente, sin que se pudiera hacer nada por salvarle la vida en la enfermería.

Pero en estos últimos años hemos tenido heridos y lesionados delicadísimos, con momentos tremendos como sucedió con varias personas salvajemente corneadas... Y me acuerdo de aquel muchacho mejicano herido en el abdomen que tenía una voluminosa hemorragia en la tripa o de Manuel Loza violentamente cogido por un toro el Domingo de Carnaval que le provocó heridas y lesiones de extrema gravedad en tórax, abdomen y muslo o del chaval de Algete, en el año 2010, al que el toro del aguardiente le tronchó en la Bóveda del Conde y que llegó en coma profundo a la enfermería... Y de Juanfran, ese chico jienense al que un toro de Barcial le partió el hígado y le arrancó un riñón durante una capea el lunes 7 de marzo de 2011...

Pues bien, todos fueron sacados adelante, salvados, en la enfermería, gracias al trabajo y entrega de muchos profesionales intachables, que soportaron momentos interminables de una tensión e incertidumbre descomunales, que dejaron profunda huella en todos tanto física como anímica y que lo hicieron porque forman un equi-

po entregado a la cirugía taurina más dura: la que hay que ejercer en las enfermerías de los pueblos como Ciudad Rodrigo, lejos, muy lejos, de los hospitales.

No me gustaría aburrirles con las asépticas cifras, obtenidas de la asistencia en la Enfermería de Ciudad Rodrigo, pero permítanme algunas, son el resultado de nuestra **Experiencia** en 18 años: El total de festejos asistidos en estos 18 años han sido 540, que se reparten de la siguiente manera: Encierros 252 (con una media de 14 por Carnaval y año), Capeas 144 (8), Capeas nocturnas 36 (2), Encierro a caballo 18 (1), Toro del aguardiente 18 (1), Festivales picados 36 (2) y Novilladas sin picar 36 (2).

En cuanto a los heridos por asta de toro hubo 103 (solo consideramos al sujeto herido, pues hubo varios con más de una cornada), que se desglosan, en los festejos populares 99 y entre los toreros 4.

Estos 103 sujetos con cornadas presentaron los siguientes pronósticos (verificados en la Enfermería, ya que todos fueron operados en ella): 1 fallecido, 15 muy grave, 81 grave y merecieron el carácter de 6 menos grave.

Hemos considerado, para valorar la importancia de las lesiones que los heridos durante el Carnaval presentan, únicamente aquellos cuyo estado mereció el Pronóstico de muy grave (15) y el caso que falleció; y obtenemos que en 6 heridos hubo cornadas penetrantes en tórax (con afecciones pleurales, costales, del parénquima pulmonar, diafragma, aorta...), 7 cornadas penetrantes en abdomen (con lesiones en hígado, riñón, retroperitoneo, vasos mesentérico, asas intestinales...) y 3 secciones vasculares de importancia (arteria poplítea, arteria femoral y vena femoral).

Nuestra atención en la enfermería ante cualquier herido por asta de toro, se basa en valoración inicial, estabilización, cirugía, reanimación y traslado asistido al hospital de referencia; en muchos casos la cirugía no es definitiva sino una cirugía de control de daños. Debido a la lejanía de los hospitales (95 Km), nosotros, en todos los casos (103) realizamos cirugía en la enfermería y al concluir esta se consideró que en 89 casos era una cirugía previsiblemente definitiva y en 14 casos la consideramos una cirugía previsiblemente incompleta (ya que pensamos que había que reintervenirlas de nuevo en el hospital para cirugía reconstructiva de vasos o vísceras).

Es importante reseñar los traumatismos cerrados pues hubo casos graves e incluso críticos (esta relación no está incluida en el apartado de las cornadas y en sus pronósticos). Las que reseñamos son lesiones confirmadas bien en la misma enfermería o bien posteriormente en el hospital, evidentemente hubo muchos casos más pero no las tenemos correctamente filiadas. Así tenemos: 2 fracturas de cráneo, 1 fractura de C1, 10 luxaciones de hombro, 2 fracturas de húmero, 3 luxaciones de codo, 3 fracturas de antebrazo, 1 fractura de L1, 1 fractura de cadera, 1 fractura de fémur, 3 fracturas de tibia y 7 fractura-luxación de tobillo.

Estos datos -si, números al fin y al cabo pero muy referenciales- deben de ser, son, el "señuelo" por el que todos los años nos visitan en la Enfermería del Carnaval profesionales sanitarios de diversas enfermerías nacionales, francesas y americanas (Médicos y ATS) y también aquellos que aspiran un día a serlo. Posiblemente sea nuestro mayor motivo de satisfacción y recompensa.

Y así seguimos nosotros, viviendo el Carnaval de Ciudad Rodrigo de una forma distinta a la de cuantos acuden a esa vieja ciudad con la intención de disfrutar de ella a través del toro bravo, en alerta muchas horas al cabo del día, empleándonos a fondo cuando surgen los percances...

Procurando que a nuestro lado sigan jóvenes médicos y estudiantes a quienes procurar instruir en cirugía taurina, porque el Carnaval del Toro, Ciudad Rodrigo, es una extraordinaria escuela para hacerse cirujano, médico, taurino. Con nosotros observan, colaboran y asimilan los principios básicos que exigen las heridas y los heridos por asta de toro.

Observan y experimentan por primera vez, y así empiezan a adiestrarse, la sistemática y los métodos empleados en los heridos y en las cornadas. Perciben las diferencias que hay entre la medicina y cirugía hospitalaria y la que, forzosamente, se tiene que hacer en las plazas de toros de tantas localidades de España cuando no se disponen de los recursos humanos y tecnológicos con que nos ampara un hospital.

Pero, lo más grande de esta enseñanza a pie de obra, es que los "novatos" van a ejercitarse en "el como" sobrellevar la zozobra, como se llegan a templar, a dominar, los nervios, cuando el drama irrumpe en la plaza o en las calles y llega a la enfermería en forma de heridos críticos. Porque ese debe ser el principal objetivo para quienes, algún día, quieran formar parte del equipo de médicos taurinos: sobreponerse a la tensión y trabajar bajo ella, procurando realizar su cometido de una manera eficiente pero además tranquila.

Así quiero finalizar mi ponencia, por donde empezó, viéndome ahora reflejado en estos jóvenes y futuros médicos taurinos, como era yo hace casi treinta años, cuando fui a Ciudad Rodrigo por primera vez para hermanarme con su Enfermería, con sus vecinos y con su Carnaval del Toro para siempre.

A lo largo de estos años la cirugía taurina en la enfermería situada en los bajos del Ayuntamiento me ha procurado alguna aflicción pero, sobre todo, infinidad de satisfacciones: las maravillosas sensaciones de sentirme útil curando heridas, salvando vidas, mitigando sufrimientos físicos y anímicos; y también conocer a tantos compañeros, hermanos de la cirugía taurina, y compartir con ellos nuestras experiencias, las buenas y las menos buenas.

Y quiero concluir mencionando a nuestro último asistente, un norteamericano de Virginia, Michael Cammarata, estudiante de 4º curso de Medicina y que lleva dos años acudiendo a Ciudad Rodrigo, Becado y autorizado por su Universidad ya

que está preparando un trabajo universitario, sobre cirugía taurina, como fin de carrera; como además es un gran aficionado práctico en una entrevista que le hicieron, decía dos cosas: la primera, que quiero ser el primer norteamericano experto en cirugía taurina y la segunda, que su mayor ilusión como profesional de la medicina es llegar a formar parte, como cirujano, del Equipo Médico del Carnaval del Toro.

Que una persona, oriunda de un país tan poco taurino como Estados Unidos tenga esos objetivos nos llena de orgullo y nos anima a seguir trabajando.

Gracias.

Enrique Crespo Rubio.